LUIS IGNACIO HELGUERA

PROSAS

TIENDA DE MÁSCARAS

A Aurelio Asiain

Mediodía en Pátzcuaro. Me miran las caretas del asno, del coyote, del león absorto en un rugido definitivo, de Satanás —risa macabra que termina en bigote puntiagudo—, de "viejitos" michoacanos que en otra época habrán bailado el son, de la anciana dueña de la tiendita de máscaras sentada en una silla minúscula a la entrada. Semblantes disecados de helada profundidad inquietante. Bosque de miradas desde mundos muertos. Títeres resentidos, veladores inertes de la nada. Gestos ríspidos, en fin, atrapados en cartón o en barro.

—¿Cuánto por esta máscara de Judas?

—Nada. No se vende —masculla la vieja malhumorada.

Vacilo.

—¿Y esa otra de allá arriba?

—Mil pesos. No. Tampoco se la vendo.

Museo en que el observador es observado. Hasta los cuerpos llegan a venderse, pero no los rostros ni los gestos. La anciana, impaciente, molesta, come tortilla dura. Un gato flaco dormita y se estira a sus pies. Salgo. Casi sin saberlo, me he llevado la mano a la cara y me palpo el rostro.

HORTELANA

Mi única cosecha cotidiana, verdura, fruta de esa temporada. Como coles suaves, frescas, tus senos al aire, tus pies descalzos, tus blancas piernas desnudas corrían entre espigas húmedas con el sabor todavía de la madrugada. Tus risas frágiles quebrándose sin dolor en la tarde, tu falda juguetona recolectando tomates, calabazas, berenjenas. Tu cabello desatado danzando al lento son de las nieblas del alba. Y nuestro páramo de sueños sencillos como las bugambilias, el trigo, los rábanos. Tú, en algún sitio, no finjas, también has de recordarlo.

—Aquí está su ensalada, señor.

MURCIÉLAGO A MEDIODÍA

A Pablo Helguera

Una bandada de gorriones rompe vuelo desde la enredadera alta de la casa hasta los árboles del jardín. Presagio asustado de pájaros. Sólo un momento después, en efecto, un murciélago marrón —lenta irrupción indiferente— llega empujándose en el aire contra el mediodía y pasa junto al hogar abandonado, golpeando torpemente sus alas con las ventanas, la hiedra, los instantes. Accidentes breves en las cosas, gajes del itinerario. Letargo, extravío, deshora, vuelo en el desierto de la luz. El envés de las hojas secas, los troncos oscuros, las sombras escondidas. Avería del alma. Sólo un triste cometa de ceniza. Sólo un aleteo peludo y estúpido que se desmenuza en polvo terroso de cueva sobre el frontón iluminado. Y la noche todavía tan ausente en las plantas.

PATIO VECINO

Rubicunda, coqueta, cuelga, se agita en el tendedero, la piñata. Como quien en la horca se mofara de la muerte. Repentino palo certero: explosión. Diluvio de cañas de azúcar, cacahuates, colación, naranjas; diluvio de niños. Un trozo de barro empapelado descalabra a uno: se rompe una esferita de navidad. Recogen al niño, no el relleno de su piñata, el torrente de sueños blancos de posada como, por ejemplo, el rostro de una niña bonita dibujado por luces de bengala.

Patio súbitamente desolado. La piñata cercenada, se zarandea todavía, hasta el último instante, en espasmos jocosos. Junto a ella, suben y pasan, vaporosos, con el confeti del aire, los sueños blancos desperdiciados.

TENDEDERO

Para Hilda y Eduardo Lizalde

Cuelgan de los ganchos, en los gallineros de la azotea, banderas de huelga —una falda negra, dos toallas rojas—. Luto luminoso el de las sábanas blancas. El comadreo de otros días flota sobre los lavaderos abandonados desde entonces. La luz radiante —qué hacer con tanta luz, dónde guardarla, se sale de los bolsillos, colma de oro inasible el envés del guante—. No aparece la pareja de mi calcetín a cuadros entre las macetas sedientas, las canastas viejas, la silla destartalada, las camisas, los *brassieres*. En el muro, blanquísimo paredón de tantos días, los alaridos verdes escritos en la memoria de cal... Aquí violaron a la hija de Petra hace unos días. Nadie acude desde entonces y yo no doy con mi calcetín. Almidón excesivo en las nubes, en las ropas. La plancha de los soles sólo produce más arrugas. Qué hacer con tanta luz. Cada vez que uno sube por una prenda imprescindible —ya casi doy por perdido mi calcetín inglés a cuadros—, las lagartijas, posadas sobre los excrementos secos del perro del segundo piso, huyen de prisa.